

## PIEZAS DE UN PUZLE DE MUJERES

Margarita, mi bisabuela, vivió en el campo, rodeada de hijas e hijos que nacían cada año y medio. Su esposo se dedicaba a la ganadería y a cultivar la chacra con la ayuda de la familia.

Mi abuela materna mayor, Jacinta, (tuve dos tías-abuelas que adoptaron a mamá), lo recordaba como un juego que se imprimió en sus recuerdos con tinta indeleble: cuando se plantaban las semillas, cuando se hacían los almácigos y por sobre todas las cosas, cuando se comenzaban a cosechar las frutas y verduras que más le gustaban. Una cosecha que siempre estaba presente para “superar las adversidades de la vida”, como ella lo decía.

Cuando Margarita tenía 27 años enviudó. Le hizo frente a la situación y decidió quedarse en el campo con sus hijas e hijos y los dos peones que trabajaban de sol a sol. Contrató una maestra en Minas, que vivía con ellos, para que sus hijos tuvieran una buena educación escolar. Ya no tenía el tiempo necesario para atenderlos en la escritura, en la lectura y en las “cuentas”, como decía Jacinta. La maestra tenía 18 años y pasó a ser una hermana mayor que, entre tantas cosas, les enseñaba a bailar con el gramófono que siempre la acompañaba. Los varones no asistían porque les daba vergüenza. También les enseñaba a observar las flores, a fumar en secreto y, en una oportunidad, a diseccionar un sapo. Ese es uno de los recuerdos que más la impresionó, aunque ahora esa picardía le robara una sonrisa. Su madre se enojó y censuró, a partir de entonces, las disecciones así como la presencia de sus hijas cuando había faena. Las únicas muestras estudiadas con mirada más científica, eran las de gallinas gordas y la limpieza de la pesca en el río Cebollatí.

Llegado el verano se trasladaban a Minas en una enorme carreta atiborrada de comestibles, varios enseres de cocina y baúles de ropa. Llevaban a la maestra para que visitara a su familia y Margarita hacía negocios rurales mientras las tías llenaban de cariño a esos niños y niñas cuyo mayor deseo era salir a recorrer la ciudad, visitar la plaza y la iglesia.

En una de esas visitas a la ciudad, Margarita les presentó a un señor muy elegante que la ayudaba en sus negocios y en quien ella confiaba. Ninguno pensó que ese señor algún día sería “el esposo de mamá” o “el padre de los hermanos chicos”.

Transcurría el año 1897. Y en medio del silencio del campo y ya aprontándose todos para ir a dormir, se escuchó el ruido del galope de un caballo que llegó hasta la puerta de la cocina. Margarita tomó un fusil que siempre estaba en un estante del aparador, pensando que era la gente de Saravia que andaban cerca de su casa. Ella era colorada y varias veces tuvo en su campo hombres y mujeres de divisa blanca que se llevaban

caballos, además de todo lo faeneado; pero nunca se habían acercado a la casa. La maestra, se encerró en el dormitorio grande con los niños sumidos en el silencio del miedo.

Escucharon la voz grave de un hombre. Se abrió la puerta del dormitorio y todos miraron azorados a Margarita que entró con una sonrisa iluminada por la vela. Les dijo que vinieran a conocer a su tío. Cuando llegaron a la cocina vieron a un hombre barbudo, de pelo largo y ropa raída. No se parecía a los tíos que conocían. Margarita aprontó el latón con agua caliente para que se bañara. Sacó ropa de campo de su esposo la que atesoraba como un fantasma que los protegía. Le cortó el pelo y lo afeitó con la luz de la vela. Esa noche no se podían prender faroles. El tío comió con gran avidez mientras les hacía preguntas. Tenía una sonrisa dulce como la que ellos recordaban de su padre. Los niños no entendían el porqué de la oscuridad ni el sonido tan bajo de las charlas. Margarita dijo a sus hijos que tenían que acostarse y que ella se quedaba con el tío un rato más porque se iba antes de que saliera el sol. Entre la magia del aparecido en la noche, todo el movimiento con escasa iluminación y los sonidos opacados por algo que no comprendían, hizo que se durmieran como si les hubieran leído un libro del cual fueron protagonistas.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban, llegó un peón que le pidió a Margarita que lo acompañara hasta el ombú del patio. Los niños no podían salir de la casa. Se encontró con su cuñado bañado en sangre, colgado del árbol. Ese mismo día resolvió dejar el campo y emigrar a la ciudad.

Cambió la vida para ella y los niños. Se casó. Tuvo más hijos y se dedicó a la política. Fue una gran defensora de la ideología de Batlle y Ordóñez. Luchó por el sufragio femenino y de los analfabetos. Algunas hijas se casaron; unas se fueron al campo, otras se quedaron en la ciudad siguiendo a su madre en sus luchas por la independencia de las mujeres. Unas se hicieron socialistas y otras se apegaron a la iglesia. Los hombres siguieron estudiando con la base sólida de aquella joven maestra que siguió formando parte de la familia.

En un parto, mi abuela Petrona murió cuando mamá tenía un año. Para Margarita el dolor de la muerte de una hija fue insuperable y comenzó su propia muerte con varios ataques cardíacos. Fue en ese momento que debió encomendar a dos de sus hijas a la pequeña Lilita. Mi abuelo se quedó con los hijos varones y las niñas quedaron a cargo de diferentes tías. Sólo Jacinta y Antonia eran solteras y ambas cumplieron con el rol de madre de esa niña chiquita que recibieron, y el rol de abuelas que mamá les regaló.

Soy una pieza más de ese puzle de mujeres, de este puzle sin fin.

